
Economía contracorriente. Antología de David Anisi
de Rafael Muñoz de Bustillo y Fernando Esteve (eds.) 159
Candela Dessal

**Desinformación. Cómo los medios ocultan el mundo/
Traficantes de información. La historia oculta
de los grupos de comunicación españoles** 162
de Pascual Serrano
Nuria del Viso

Libros

ECONOMÍA CONTRACORRIENTE. ANTOLOGÍA DE DAVID ANISI

Rafael Muñoz de Bustillo y Fernando Esteve (eds.)

Los Libros de La Catarata/ CIP-Ecosocial,
Madrid 2010

336 págs.

David Anisi (nacido en Madrid, en 1949, y prematuramente muerto en 2008), profesor de Fundamentos del Análisis Económico en la Universidad Autónoma de Madrid antes de ser catedrático en Salamanca, figura entre aquellos que no quisieron dejarse arrastrar por la corriente de un sistema de presiones cómplice del libre mercado. Sus contribuciones fortalecieron decisivamente en nuestro país la contracorriente de «economía crítica», vista desde una perspectiva teórica, política y moral. En conmemoración de su ejemplar trayectoria, dos discípulos y amigos han querido ofrecernos el boceto de su resistencia en este séptimo volumen de la colección Economía crítica & Ecologismo Social.

La economía neoclásica (y los proyectos políticos neoliberales/neoconservadores muchas veces asociados con ella) cree en la autosuficiencia del mercado para distribuir los recursos económicos de una sociedad de la forma más eficiente posible, visión no intervencionista apoyada por la ley de Say según la cual «la oferta crea su propia demanda». Sin embargo, Karl Polanyi ya nos advirtió de cómo el mercado desprotege a quienes carecen de recursos.

A propósito de la crisis financiera y económica que estamos sufriendo a nivel global, y de forma especialmente oportuna frente al drama del desempleo que asuela nuestro país, Anisi nos revela el recorrido que condujo desde políticas de economía social hasta una economía neoliberal; es decir, cómo se gestó un Estado de bienestar que velaba por nuestras necesidades y derechos básicos, y cómo se tramó su derrumbe. Hoy la tendencia es que apenas se sosten-

gan sus ruinas carcomidas por eso que se ha dado en llamar «los Mercados».

La semilla del Estado de bienestar (*Welfare State*) fue el «pacto keynesiano» que se acordó tras la segunda guerra mundial entre democracia y mercado para estimular el desarrollo económico en la Europa occidental. Su objetivo principal era la consecución del pleno empleo, la distribución de los recursos, el crecimiento de los salarios reales y del tipo de beneficio... políticas asistenciales (gracias al equilibrio entre los intereses del capital y los del trabajo), y derechos sociales (el «derecho a tener derechos», como diría Hannah Arendt). Sin embargo, fue produciéndose un deterioro de lo que Schumpeter denominó «clima social». El modelo sedicentemente comunista en China y la URSS conquistó numerosos adeptos entre la juventud. En vista de las nuevas reivindicaciones, y de que no se cumplieron las condiciones del pacto a satisfacción del capital (por una parte, la distribución de la renta se había inclinado a favor de los salarios, para compensar el incremento de la productividad animando la demanda, y por otra, la participación del Estado había ido en aumento), el mercado rompió dicho pacto. En 1973 se inició la crisis que consagró la escisión definitiva entre democracia y mercado, a favor del segundo. Este indujo la crisis a partir de un «shock de oferta». Se trataba de renegociar las condiciones del «contrato». Las democracias agacharon la cabeza, permitiendo la vuelta al individualismo egoísta, al canto del tutú (tú eres único, tú eliges) y del yoyó (yo he conseguido, yo he luchado). A este último fenómeno Ulrich Beck lo llamó «modelo biográfico» (cada cual se preocupa por su propia carrera profesional, y desaparece la solidaridad obrera), y Norbert Elias lo apodó «sociedad de los individuos». Se desasistieron las necesidades humanas, es más, se estigmatizó a los asistidos en una campaña que nos recuerda a la condena secular de los «malos pobres» que «se lo tienen merecido». El mercado ya sólo respondería ante la demanda monetaria. El voto político se convirtió en un burdo simulacro: los que conta-

ban eran los votos económicos. Quien tuviera el capital manejaría los hilos del teatrillo.

Lo que se jugó aquí fue un cambio de régimen del capitalismo, una «gran transformación», en el sentido de Karl Polanyi. El capitalismo industrial «fordista» fue perdiendo terreno en beneficio del capitalismo «posfordista» financiarizado, y desde entonces toda una cadena de desastres nos condujo a donde estamos hoy.

Se redireccionó la producción alimentando diversas carreras armamentísticas internacionales (la producción y venta de armas es una demanda que se autogenera, autoproduce y automantiene), y se invirtió el proceso de redistribución a favor de los beneficios. Bajo las nuevas tecnologías, la educación dejó de ser necesaria para el funcionamiento de la economía. Las consecuencias son hoy manifiestas: «la masificación de las universidades públicas donde nada se aprenda se acompañará de una educación superior privada para la minoría del conocimiento que la tecnología exige» (p. 132). Además, la inversión incorporadora de estas nuevas tecnologías incidió mucho más en el aumento de la productividad que en el crecimiento de la demanda efectiva, provocando necesariamente desempleo. Para compensarlo, surgió el trabajo extramercado y disminuyó el nivel de vida de buena parte de la población. Ahora trabajamos más por menos salario y con menos garantías. Además, hemos perdido el poder sobre nuestro tiempo, lo que nos conduce a una «frustración del consumo» en la que no tenemos tiempo para leer los libros que compramos, o para salir con los amigos.

Esta política económica se sigue presentando como la única posible. Cabe preguntarse: ¿para qué y por qué? (p. 145). ¿Por qué la recuperación debe venir de la iniciativa privada y no del crecimiento del gasto público y la redistribución de los salarios? Explica Anisi que fue el propio capitalismo el que entró en crisis debido al auge de la democracia, y el que ahora empieza a recuperarse al haberla hecho retroceder

mediante un proceso de privatización de empresas e instituciones públicas. En lugar de pensar en necesidades y valores, se piensa en demanda avalada con dinero y precios. Sin embargo, nuestras sociedades son mucho más que un mercado. El derecho al trabajo no sólo supone el derecho a la apropiación del producto, sino la fuente primordial de reconocimiento y respecto social (el trabajo dignifica: no se trata de un privilegio, sino de un derecho. Parece que lo hemos olvidado). Para David Anisi el pleno empleo es el núcleo duro de la democracia. La exclusión social está asociada al desequilibrio de poderes entre órdenes, persuasiones y precios, pues en el nuevo Imperio del mercado sólo rige la ley del más rico.

Lo que describe Anisi es una ruptura de la proporción entre jerarquía, mercado y valores en favor del monopolio social del mercado. Han logrado que olvidemos que dicho mercado es un medio para vivir, y no una finalidad; han logrado que creamos que trabajamos para ellos y no para nosotros; han logrado que compitamos por entrar en su tráfico de esclavos; han logrado que asumamos la hiperexplotación e hiperprecarización del trabajo, y que no repliquemos ante los síntomas del *burnout*.

Como diría Robert Castel, vivimos en una «sociedad salarial» sobre la base de la desigualdad de posiciones.¹ Explica Anisi que, desde la perspectiva del capital, la característica óptima del trabajador asalariado es el miedo (p. 148). Y cabe preguntarse ¿hará falta volver al siglo XIX para que se supere nuestro límite de resignación? Atravesamos tiempos inciertos, dentro de esa «sociedad del riesgo» que describe Beck, en donde el foco de atención se ha desviado del «riesgo social» (dependencia, desocupación, precariedad) a favor de la previsión (¿o creación?) de «factores de riesgo» (anticipación de peligros virtuales asociados al terrorismo y la criminalidad). Zygmunt Bauman lo describe como una metamorfosis del Estado de bienestar: desde –tendencialmente– una comu-

¹ *El ascenso de las incertidumbres*, FCE, Buenos Aires/ México DF, 2010.

nidad inclusiva hacia un Estado excluyente, de justicia criminal, penal y de control de la delincuencia. Robert Castel lo plantea de este modo: «poder estar informado de la posibilidad de que ocurra un acontecimiento indeseable antes de que se produzca, puede ser muy valioso. Pero ¿quién construye esos datos, quién los controla, y cuáles son exactamente los objetivos perseguidos? Esta instrumentalización de la noción de riesgo está en vías de dar un poder que podría ser exorbitante». ² Pero, además, el sistema trata de ocultar los auténticos “nuevos riesgos” que padece la sociedad, y que hacen que el porvenir de la civilización se dibuje bajo el signo de la amenaza: la explotación descontrolada de los recursos del planeta produce un efecto bumerán en catástrofes nucleares como la de Chernóbil, el efecto invernadero con el recalentamiento del planeta, etc. Así lo ilustra Ulrich Beck: «estamos sobre esta tierra como sobre un asiento eyectable». ³

Desde 1973 el pleno empleo dejó de ser un objetivo real de la política económica. La consecuencia fue una crisis fiscal: los gastos del Estado crecían y los ingresos disminuían. Se trazó un nuevo objetivo: controlar la inflación de manera que se mantuviera la distribución de la renta (si subían los salarios, subirían los precios, y se sostendría el índice de beneficios). Pero, con toda la flexibilidad que se quiera dar a los mercados, en la existencia de un tiempo histórico donde el pasado está dado y no se puede cambiar, y el futuro es incierto e impredecible, puede aparecer el desempleo involuntario masivo (p. 208). Y así ha sucedido.

Son tres las preguntas a las que se supone debe dar respuesta un sistema económico: ¿qué producir? ¿cómo hacerlo? Y ¿para quién esa producción? Ello nos conduce a una cuarta pregunta: ¿es el sistema del libre mercado el mejor modelo de desarrollo económico? Hubo una época en la que el mercado no era la única

corriente, sino que rivalizaba con un antagonista encarnado en la URSS y sus países satélites. Pero la caída del muro de Berlín reunió todos los cauces en uno (o eso quisieron que creyésemos). Para Anisi no se trata tanto de proponer una alternativa al mercado, sino de volver a aplicarlo como mecanismo social de asignación (más o menos) eficiente de los recursos, y no como instrumento privado de ejercicio del poder (p. 249). Pero, ¿cómo lograr, según la fórmula de Polanyi, «domesticar el mercado»? La extensión globalizada del mercado requeriría de una autoridad mundial que lo regulase, dado el inmenso déficit de instituciones internacionales con el poder de imponer reales protecciones frente a la competencia despiadada (es sabido que el FMI y la OCDE están “compradas”).

Sin embargo, no todo está perdido. En palabras de Anisi: «Creo en la posibilidad de reconstruir el Estado de bienestar, con una dimensión europea, solidario y cooperador con los países pobres, garante del medio ambiente, y con una profunda responsabilidad sobre el planeta que legaremos a los que vengan después». ⁴

Candela Dessal
Dpto. de Filosofía (UAM)

² *Ibidem*, p. 33.

³ *La sociedad del riesgo*, Siglo XXI, Madrid, 2002.

⁴ *Creadores de escasez*, Alianza, Madrid, 1995, p. 116.

DESINFORMACIÓN. CÓMO LOS MEDIOS OCULTAN EL MUNDO

Pascual Serrano

Península, 2009

618 págs.

TRAFICANTES DE INFORMACIÓN. LA HISTORIA OCULTA DE LOS GRUPOS DE COMUNICACIÓN ESPAÑOLES

Pascual Serrano

Foca, 2010

335 págs.

Los medios de comunicación han constituido tradicionalmente un pilar fundamental de la democracia representativa y han actuado como bastión de sus ideales de libertad, pluralidad e independencia del poder político, sirviendo de contrapeso al mismo. Sin embargo, el llamado «cuarto poder» ve diluirse buena parte de los principios originales del periodismo a la velocidad con la que grandes corporaciones industriales o financieras entran en el accionariado de los grupos mediáticos y estrechan sus lazos con grupos de poder.

Como se ha señalado, en la sociedad global los medios convencionales suponen algo aún más crucial que meros altavoces de los poderosos porque se han convertido en un espacio donde se *genera* el poder. La consecuencia inmediata es que la información se convierte en mercancía que se *fabrica* de la forma en que mejor satisfaga los requerimientos empresariales y del poder. Esto tiene un efecto devastador sobre la información, ya que no sólo incide sobre la calidad de la misma, sino que se ofrece a la audiencia un ángulo de visión muy esquinado desde el que mirar el mundo, unas lentes uni-

ficadas y unificadoras que oscurecen más que aclaran las claves para interpretar la realidad.

Los medios convencionales ponen en entredicho de forma creciente uno de los principios fundamentales de su labor, y es su función social, que queda como un valor relegado a algún que otro resquicio de los medios públicos y un puñado de voluntariosos y encomiables profesionales y medios críticos. La función social del periodismo implica elaborar información de calidad que permita a los ciudadanos formarse una opinión bien informada con la que ejercer su participación en la sociedad democrática. O como sintetiza el veterano periodista José Manuel Martín Medem, «el buen periodismo es el que potabiliza la información para nutrir democráticamente a los ciudadanos».¹

Esta tendencia, sin embargo, no es nueva. Hace ya tres décadas que empezó a revertirse el enfoque social y comprometido de la información en los grandes medios informativos. El punto de máximo auge de la perspectiva social coincidió con la publicación del Informe McBride por la UNESCO en 1980. En él se hacía un llamamiento para frenar los procesos de concentración y monopolio cultural, eliminar los desequilibrios informativos Norte-Sur y estimular políticas nacionales de acuerdo al «derecho a la comunicación», lo que implica que todos los ciudadanos puedan acceder y participar en los procesos comunicativos. La reacción no se hizo esperar y ciertas empresas informativas arremetieron contra este modo de entender la comunicación. Lo que siguió fue la peculiar manifestación de la ofensiva neoliberal en el ámbito de la comunicación. De sus resultados, tres décadas después, es precisamente de lo que habla Pascual Serrano, un conciencioso (y concienciado) periodista de investigación, impulsor y, hasta recientemente, responsable de la página informativa *Rebelión*, en sus libros *Desinformación* (2009) y *Traficantes de información* (2010).

¹ N. del Viso, «Buen periodismo, o la vuelta a los orígenes», *Boletín ECOS* nº 13, enero-febrero 2011. http://www.fuhem.es//media/ecosocial/file/Boletin%20ECOS/Boletin%2013/Buen_periodismo_o_%20la_vuelta%20a%20los%20origenes_conversacion_coral.pdf

En contraste con la extendida tendencia entre el colectivo de periodistas a eludir mirarnos y evaluar el mundo de la información con ojos críticos, en sus dos últimos trabajos Serrano enfoca su atención en los medios y, en concreto, en las empresas informativas tradicionales, haciendo un ejercicio de autoexamen desde dentro de la profesión. Serrano continúa en estos dos títulos la senda de análisis crítico de los medios en España que en los años setenta y ochenta alimentaron autores como Vicente Romano y Enrique Bustamante.

La mirada crítica e incisiva del autor arroja luz sobre aquello que las empresas informativas prefieren mantener oculto: su forma de operar, de manejar y moldear la información, su connivencia y colaboración con el poder, los entresijos accionariales de sus negocios... todo ello nos permite asomarnos a las “alcantarillas” del sistema y ver cómo funcionan a través de uno de sus principales pilares, los medios de comunicación.

En *Desinformación*, que lleva el sugerente subtítulo *Cómo los medios ocultan el mundo*, a lo largo de sus más de 600 páginas, Serrano desarrolla un análisis sobre el tratamiento de la información en los medios dominantes, que ocultan, desvelan o simplemente falsean, según conviene, a través de prácticas como la selección sesgada de la información, la frecuente omisión de contexto, antecedentes o consecuencias –lo que impide que la audiencia aprehenda las claves de un acontecimiento–; el fomento de la ilusión de objetividad –cuando toda información, desde el momento en que es selección de la realidad, implica subjetividad–; y la proclamación de una supuesta asepsia e imparcialidad informativas que a lo largo de los numerosos casos que recoge el libro se demuestran falsas. Otro tanto cabe decir de la utilización interesada que los medios hacen del lenguaje para servir sus propios fines, o, en palabras del autor, «el uso de un lenguaje aparentemente neutral cuando se está opinando, neutralidad cuando hay parcialidad y distanciamiento cuando el medio se está implicando» (p. 52).

Después de (d)enunciar las bases de funcionamiento del modelo de desinformación al que nos someten los medios convencionales, el autor realiza un repaso minucioso de la complicidad entre poder económico, poder político y medios convencionales a través de ejemplos informativos concretos.

Utilizando una estructura con criterio geográfico, Serrano repasa, continente por continente y a través de un exhaustivo análisis, las principales claves de la política internacional de cada región para luego introducirnos en los casos más lacerantes de desinformación, poniendo blanco sobre negro entre lo que se nos dijo y lo que realmente fue. El autor no olvida incluir un capítulo final con propuestas sobre qué hacer que devuelve al lector al camino de la acción, después del estupor producido por los manejos informativos de medios bien asentados.

A lo largo de estas páginas se pone de manifiesto el monocromático panorama informativo que atravesamos –con alguna gama de grises–, y que desmiente la aparente diversidad mediática. La exuberancia de cabeceras, emisoras y canales televisivos, lejos de aportar diversidad de foco, generan una sobreabundancia de información que aturde. Además, disimulado bajo la ficción del pluralismo informativo, en realidad, un puñado de grandes corporaciones de comunicación globales con intereses en otros sectores –inmobiliario, financiero, de telecomunicaciones, energético...– se reparten el pastel de la información. O quizá es más bien al revés: enormes conglomerados industriales o financieros controlan los medios de comunicación. Este es el triste punto en que nos encontramos.

Conocer los entresijos de los negocios de comunicación que nos tocan más directamente es el objetivo de *Traficantes de información*, el título más reciente de Serrano en el que aborda *La historia oculta de los grupos de comunicación españoles*, como indica el subtítulo del libro. El autor realiza un análisis de los nueve principales grupos de comunicación españoles (Prensa Ibérica, Vocento, Antena 3-Planeta,

Grupo Zeta, Godó, Prisa, Telecinco, Unidad Editorial, Mediapro-Imagina) y de algunos otros de menor tamaño (COPE, Intereconomía, Libertad Digital, Promecal). En palabra del propio autor, si en *Desinformación* «presentaba la distancia entre la realidad y la información que nos llega a través de los medios», en *Traficantes de información* se trata de «saber quiénes son esos que no nos informan».

Entre otros puntos, el libro pone de manifiesto la elevada concentración del panorama comunicacional español en unas pocas manos que controlan la mayoría de las audiencias a través de distintos canales: son grupos que dominan los principales ámbitos multimedia, ya sea prensa, radio, TV, contenidos digitales, editoriales o agencias de publicidad. Igualmente, llama la atención la interconexión de sus capitales, lo que da como resultado que grupos que son feroces competidores en un sector mediático, son socios en otro. Esto, junto al hecho de que algunos grupos cotizan en las bolsas de valores, resalta hasta qué punto la comunicación se ha convertido en un negocio más, desatado de los principios originales del periodismo y de su responsabilidad social. Llama también la atención la frecuencia con que los empresarios de la comunicación tienen asuntos pendientes con la justicia, lo que en algunos casos raya con el “mafioseo”.

La desoladora sensación que puede embargar al lector cuando concluye la última página bien pudiera actuar como revulsivo para decidir dejar de ser intoxicado cada mañana con la información al uso y buscar medios de comunicación “alternativos” con los que informarse, medios que buscan la calidad y escapan de los meros intereses comerciales. Muchos de ellos se publican a través de internet, donde el control de los grandes grupos mediáticos está más diluido, pero existen otras experiencias –en Francia o Estados Unidos– de prensa financiada por los propios lectores que abren nuevas perspectivas a las empresas informativas sin caer en la comunicación como negocio.

En síntesis, ambos libros constituyen una herramienta útil y hasta necesaria para todos aquellos involucrados en el mundo de la información, la educación, los movimientos sociales o, simplemente, interesados en conocer más a fondo los resortes del poder.

Nuria del Viso

Área de Paz y Seguridad de CIP-Ecosocial
y coordinadora del boletín ECOS